

# ALBERTO MAFFINI BENINA. MUJER SANTA PARA LAS TRES RELIGIONES MONOTEÍSTAS

Università degli Studi di Milano

## Resumen

El artículo se centra en la figura de Benina, protagonista de la novela galdosiana *Misericordia*, enfocándose en la ejemplaridad moral del personaje. Se analiza en particular la visión que de Benina ofrecen el ciego Almudena, don Frasquito Ponte y Juliana, la nuera de doña Paca, de manera que afloren sus cualidades morales, declinadas según los preceptos de las tres grandes religiones monoteístas. De esta manera, resalta la habilidad de Galdós para crear un personaje al mismo tiempo ejemplar y concreto, particular y universal, capaz de ofrecer un modelo de comportamiento que desafía al lector de todos los tiempos.

palabras clave: Benina; *Misericordia*; moral; Galdós

## Abstract

### *Benina as a model of sanctity in the light of Christianity, Hebraism and Islamism*

*This paper focuses on Benina, the protagonist of Galdos' novel Misericordia, and on her moral exemplarity. In particular, Benina's character is analyzed throughout her encounters with blind Almudena, don Frasquito Ponte and doña Paca's daughter-in-law Juliana, so that her moral qualities stand out, in accordance to the teachings of the three religions of the Book. Thus, Galdos' skill in creating a character at the same time exemplary and realistic, specific and universal is revealed: with Benina, he managed to offer a model of behaviour that can still challenge contemporary readers.*

keywords: Benina, Misericordia, morality, Galdós

La tercera fase de la producción novelesca de Galdós, que se abre después del acierto espectacular de las *Novelas contemporáneas*, tiene como máximo motivo de interés el cuestionamiento de la posibilidad de usar la novela como instrumento de educación y mejora del público de los lectores. De ahí que en las *novelas espirituales*, la pluma de Galdós vaya buscando a personajes extraordinarios dentro de la vida cotidiana, capaces, con la sola fuerza de sus espíritus incorruptibles, de marcar un ejemplo y cambiar el rumbo de su propia existencia, incluso ante la indiferencia, o más bien la hostilidad, de los demás.

Claro está que un proyecto de este tipo engendra necesariamente dificultades en la creación de personajes creíbles, que no se limiten a ser un listado de buenas intenciones, a menudo frustradas o limitadas por el entorno, y que no caigan en los tonos edificantes y tan poco reales de la hagiografía. El más logrado, desde este punto de vista, es sin duda Benina, la protagonista de *Misericordia*, una vieja criada sisona pero incansable en el ejercicio de la caridad hacia el prójimo. Esta mujer es también la protagonista de nuestro artículo, por llevar condensadas, en su figura, características positivas provenientes de las tres religiones de la novela: cristianismo, hebraísmo e islam (Cohen 1973). Las visiones de la mujer de estas religiones entran en contacto en la obra sobre todo gracias a la mediación del viejo ciego Almudena: judío sefardí criado en Marruecos y mendigo en los portales de las iglesias cristianas, el hombre representa el legado y la mezcla de todas estas tradiciones espirituales, lo que le permite ver la real grandeza del alma de Benina.

Ya desde la aparición en la novela de la protagonista, Galdós intenta evitar ofrecer al lector una aprobación demasiado directa de su conducta. De hecho, la técnica contrapuntística que informa su primera epifanía nos reconduce a un ámbito de *aurea mediocritas*, que contrasta con el entorno degradado que constituye el escenario de la mayor parte de la novela. Así, a través del uso de diferentes grados de intensidad en la descripción, se extrae “de la materia su íntima belleza”, quedando así Benina “muy por encima [de las mujeres de su edad], habiendo conservado muchas buenas cualidades que por lo general se pierden en la batalla de la vida” (Gullón 1974: 174):

Tenía la Benina voz dulce, modos hasta cierto punto finos y de buena educación, y su rostro moreno no carecía de cierta gracia interesante que, manoseada ya por la vejez, era una gracia borrosa y apenas perceptible. Más de la mitad de la dentadura conservaba. Sus ojos, grandes y oscuros, apenas tenían el ribete rojo que imponen la edad y los fríos matinales. Su nariz destilaba menos que las de sus compañeras de oficio, y sus dedos, rugosos y de abultadas coyunturas, no terminaban en uñas de cernícalo. Eran sus manos como de lavandera, y aún conservaban hábitos de aseo. Usaba una venda

negra bien ceñida en la frente; sobre ella pañuelo negro, y negros el manto y vestido, algo mejor apañaditos que los de las otras ancianas. Con este pergenio y la expresión sentimental y dulce de su rostro, todavía bien compuesto de líneas, parecía una Santa Rita de Casia que andaba por el mundo en penitencia. Faltábanle sólo el crucifijo y la llaga en la frente, si bien podría creerse que hacía las veces de esta el lobanillo del tamaño de un garbanzo, redondo, cárdeno, situado como a media pulgada más arriba del entrecejo (Galdós 2007: 77).

Lo que más nos interesa de este fragmento no es tanto la técnica narrativa —de por sí encomiable y digna de estudio— sino el perfecto ajuste de este fragmento al ideal de belleza modesta y casi anónima que está presente en el Evangelio: a pesar de sus representaciones sucesivas en el arte figurativo, ahí nada se nos dice del aspecto físico de María, la madre de Jesús, de Marta y María, las hermanas de Lázaro, o de la pecadora samaritana que bañó los pies del Cristo con sus lágrimas y los enjugó con su pelo (y que no hay que identificar, como hace una tradición popular errónea, con María Magdalena). La hermosura de estas mujeres, que del texto sagrado se desprende por omisión de su esencia corpórea, importando realmente solo la grandeza de sus almas, se materializa en cambio en Galdós a través de la superposición de adjetivos calificativos e indefinidos, que individúa y al mismo tiempo reconduce al anonimato a Benina.

La ausencia de un carácter físico específico y extraordinario en la protagonista de la novela que nos ocupa garantiza su reproducibilidad, un concepto que es clave si tenemos en cuenta el propósito ya noventayochista de Galdós<sup>1</sup>: ofrecer al público de los lectores prácticas vitales positivas, que permitieran una regeneración de la sociedad española. Aún así, Benina no es perfecta: su vicio más grande, como ya hemos dicho, es sisar, una conducta que no abandona ni en los tiempos de holganza ni en la carestía. Doña Paca, la ama de Benina, hacia el final de la novela recuerda incluso haberla echado de su servicio dos veces por esta razón:

Nadie reconoce como yo tus buenas cualidades, porque las tienes; pero hay que ponerte siempre a distancia, no dejarte salir de tu baja condición, para que no te desmandes, para que no te subas a las barbas de los superiores. Acuérdate de las dos veces que tuve que echarte de mi casa por sisona... ¡A tal extremo llegó tu descaro, ¿qué digo descaro? tu cinismo en aquel vicio feo, que... vamos, yo, que jamás he hecho una cuenta, ni me gusta, veía mi dinero pasando de mi bolsillo al tuyo... en chorro continuo!... Pero ¿qué? ¿No dices nada?... ¿No contestas? ¿Te has vuelto muda? (Galdós 2007: 219)

1 Para más información sobre la relación que une Galdós a los escritores del 98 y los caracteres fundamentales de su contribución a la propuesta de regeneración de España, cfr. Fuentes Peris (1995).

Esta acusación podría marcar el punto final a cualquier discusión sobre la supuesta santidad de Benina, además porque ella, como Jesús interrogado por Pilato, no contesta nada, pero es menester recordar la réplica que dio otra pordiosera, la *Burlada*, al comienzo de la novela, cuando aprendimos por primera vez de estas imputaciones: “vos digo que si ha venido a pedir es porque fue honrada; que las muy sisonas juntan dinero para su vejez y se hacen ricas... que las hay, vaya si las hay. Hasta con coche las he conocido yo” (Galdós 2007: 86). La extrema pobreza en que vive Benina, conforme con los preceptos del Evangelio, es ya de por sí, en las palabras de la *Burlada*, garantía de su integridad moral. Por eso no es causalidad que, entre los pasos evangélicos citados en la novela, la mayoría procedan de San Mateo, pues su Evangelio es el que más atención presta al aspecto de la pobreza como prerrequisito para la bienaventuranza (Schraibmann 1970-71: 491).

Sin embargo, este defecto de la sisa nos importa más que por decidir si conceder o no la absolución a nuestra protagonista. La sisa es el instrumento que le permite a Benina ejercer su caridad: es decir, sin aquello, Benina quedaría falta de la posibilidad de ejercer su virtud más grande, que es la de socorrer a los más necesitados. Recordemos además que la caridad se coloca también, gracias al elogio que de ella hace San Pablo, en una posición jerárquicamente superior a las demás virtudes del cristiano; es más, sin ella, todo es vano (1Cor, 13, 1-13). La caridad de Benina es incluso desbordante, no teniendo límites ni confines en su incansable deseo de actuarse, alcanzando la dimensión universal de lo que Kant llamaría “un imperativo moral”.

El primero en gozar de esta bondad es, sin duda, el ciego Almudena, paria de la sociedad y extranjero, príncipe de los desamparados. Él se refiere a Benina usando el término “amri”, que significa, en el lenguaje peculiar del personaje, ‘mi alma’, naciendo de la posposición del adjetivo posesivo *mi*, frecuente en su jerga, y de la metátesis entre eme y consonante líquida. Además, la raíz “amri”, en árabe, está conectada con la esfera de la iniciativa personal y de la voluntad. De ahí que el empleo de esta palabra sea un indicio de la peculiar relación que existe entre los dos personajes. Quizás no sea baladí recordar a este propósito un detalle del episodio de la creación de Eva en el Génesis: al ser la mujer plasmada a partir de una costilla de Adán (Gn 2, 21-22), hubo en efecto una y una sola emisión de espíritu vital (*ruah*) por parte de Dios, lo que comporta que hombre y mujer compartan el mismo soplo divino. Almudena, llamando a Benina *amri*, la elige para volver a formar con ella la unidad primigenia, la única que, habiendo recibido el soplo del Creador, tiene el poder de engendrar la vida. En su relación con Almudena, Benina expresa pues plenamente sus atributos de mujer, aún cuando su edad ya no está en lo más verde, volviéndose nuevamente fecunda, como vamos a explicar

a continuación.

Durante el primer encuentro de Benina con el ciego, mientras la mujer va mendigando un duro para poder dar de comer a su señora, Almudena demuestra una generosidad inusitada dentro del poco edificante panorama de los limosneros, que se manifiesta de forma idéntica a la que caracteriza a Benina, pues para ayudar a su *amri* el ciego sisa a Pedra, la negra borracha que le sirve como ama de casa. Aunque la pareja no consiga sumar todo el dinero deseado, en su ajetreo cumple dos acciones muy importantes: después de sisar, Almudena proclama su *chabada*, es decir, profesa su fe en un único Dios. Esta profesión de fe sincrética, que une elementos judíos –el tema del *chemah Israel*– e islámicos –la insistencia en la singularidad de la entidad divina– señala, además del sincretismo religioso del personaje, la sumisión de toda justicia terrena a la divina, la única que tiene el poder de repartir ecuamente los bienes, transformando lo que podría ser un acto sacrílego –todas las religiones condenan el latrocinio– en acción de gracias. Benina, por otro lado, para justificar la proveniencia del dinero a su señora, inventa por primera vez al personaje de don Romualdo, que posteriormente aparecerá en su propia carne dentro de la novela, dejando a la misma Benina pasmada y pensativa por su capacidad de conjurar un verdadero *Deus ex machina* (aunque en este caso el Dios es sustituido por un cura, su aparición es un hecho igualmente milagroso, a la vez que solucionador). A raíz de este evento hay que notar que es la invocación de lo divino junto a su alma gemela lo que le permite a Benina acceder al plan de la creación, donando eficacia y corporeidad a sus palabras mentirosas, convirtiendo un *lógos* blasfemo en carne. De esta apreciación queda evidente una vez más cómo lo que importa en la novela no es la dimensión ética de cada acción –las mentiras tienen connotación negativa, incluso cuando se trata de mentiras “blancas”– sino el cuadro final que se compone a través de las acciones de los varios personajes.

Si reparamos en las palabras de Benina, y sobre todo en sus efectos, es posible descubrir otro aspecto de su santidad. En todas las religiones monoteístas se otorga importancia a los ángeles, los mensajeros de Dios, encargados de explicitar su voluntad para hacer posible lo imposible, como hacer que una vieja estéril tenga un hijo (Sara, mujer de Abraham) o que una virgen dé a luz (la Virgen María) o que un anónimo mercader no cese de profetar y consiga reunir a toda una nación bajo su fe (Mohamed). Ahora bien, *ángel* es el apodo que Benina se gana en el trato con don Frasquito Ponte<sup>2</sup>, ya en su tiempo hombre de bien y acomodado,

2 En concreto, el término *ángel* recurre en boca de Frasquito Ponte un total de diez veces en la novela, aunque se dice también que él solía llamarla así siempre: “y a tantas indiscreciones unió Ponte la de llamarla *ángel* como unas doscientas veces en el curso de la frugal cena” (Galdós 2007: 218).

que después de haber despilfarrado sus posesiones, se encuentra ahora viejo, necesitado y enfermo. Hacia él se dirigen los actos de ternura de Benina en la parte central de la novela, causando los recelos de su ama, doña Paca, y de su primer enamorado, Almudena. Sin embargo, los enojos de aquellos no son suficientes para arrear la acción benéfica de la criada; en su trato con la mujer, Ponte identifica correctamente aquel aspecto providencial y solucionador, propio de los seres angélicos, que acabamos de mencionar, llegando muy temprano a declarar abiertamente sus convencimientos, pues en el capítulo XVIII se le dirige tal que así: “Usted es un ángel, y con la varilla mágica de su bondad hará desaparecer todas las miserias” (Galdós 2007: 172). Esto es precisamente lo que Benina va a conseguir para el señor Ponte: su bondad lo salvará mientras él esté en la miseria, al tanto que el personaje mágicamente creado por su facultad imaginativa le sacará definitivamente de apuros.

Gracias a los testimonios de sus improbables caballeros, ya estamos convencidos de que Benina es buena, pero ¿qué tipo de bondad es la suya? Justamente Schraibman asocia a nuestra protagonista con la misma misericordia que da el título a la novela, y que en la lengua hebrea se expresa a través del término *chesedh*, indicando la misericordia divina que permite entrar en la piel del otro (Barclay 1956: 103; traducción del autor). Esta gracia del espíritu determina por consecuencia una actitud inclusiva hacia los demás: “Desde que, sin merecerlo, hemos recibido *Chesedh* de Dios, Él nos requiere que tengamos misericordia para los demás” (Schraibman 1970-71: 491-92). Por lo tanto, Benina queda lejos de cualquier pretensión de egoísmo o exclusividad, donándose espontáneamente a los necesitados. La universalidad de la misericordia, con la que Benina ha venido a coincidir, es uno de los atributos más importantes de la divinidad no solo para el cristianismo, sino también para judíos y musulmanes, según afirma el mismo papa Francisco, en la bula con la que declaró abierto el jubileo de la misericordia en el año 2015:

La misericordia posee un valor que sobrepasa los confines de la Iglesia. Ella nos relaciona con el judaísmo y el islam, que la consideran uno de los atributos más calificativos de Dios. Israel primero que todo recibió esta revelación, que permanece en la historia como el comienzo de una riqueza inconmensurable de ofrecer a la entera humanidad. Como hemos visto, las páginas del Antiguo Testamento están entretejidas de misericordia porque narran las obras que el Señor ha realizado en favor de su pueblo en los momentos más difíciles de su historia. El islam, por su parte, entre los nombres que le atribuye al Creador está el de Misericordioso y Clemente. Esta invocación aparece con frecuencia en los labios de los fieles musulmanes, que se sienten

acompañados y sostenidos por la misericordia en su cotidiana debilidad. También ellos creen que nadie puede limitar la misericordia divina porque sus puertas están siempre abiertas (Franciscus 2014).

Tanto judíos como musulmanes reconocen la misericordia como principal atributo de Dios (ar-Rahman, el misericordioso, es el segundo de los nombres de Dios para los musulmanes, después del propio Allah) porque en ella radica la capacidad de interrumpir la espiral de odio y venganza que viene de la *forma mentis* más común en el contexto del utilitarismo occidental, la que Hobbes resumió en sus escritos a través de la fórmula *homo homini lupus*. Esta manera de pensar primariamente en el propio interés, perjudicando a los demás, se evidencia en la novela sobre todo después del repentino cambio en la suerte de don Frasquito Ponte.

Después de la noticia de la inesperada herencia, traída por un don Romualdo en carne y hueso, todos los personajes de la novela empiezan a moverse frenéticamente para intentar mejorar su condición, mientras Benina y Almudena caen cada vez más abajo, pasando por un hospicio para pobres y acabando en el verdedero de las Cambroneras, entre los restos más indeseados de la sociedad, pero nunca del todo desamparados<sup>3</sup>. Incluso cuando al final de la novela Ponte está muerto ya y su riqueza ha terminado en los bolsillos de Juliana, nuera de doña Paca y administradora draconiana de la casa, Benina no cesa de expresar con cristalina firmeza su propósito de sustraerse de la lucha por la subsistencia:

Andando, andando, hijo, se llega de una parte del mundo a otra, y si por un lado sacamos el provecho de tomar el aire y de ver cosas nuevas, por otro sacamos la certeza de que todo es lo mismo, y que las partes del mundo son, un suponer, como el mundo en junto; quiere decirse, que en donde quiera que vivan los hombres, o verbigracia, mujeres, habrá ingratitud, egoísmo, y unos que manden a los otros y les cojan la voluntad. Por lo que debemos hacer lo que nos manda la conciencia, y dejar que se peleen aquellos por un hueso, como los perros; los otros por un juguete, como los niños, o estos por mangonear, como los mayores, y no reñir con nadie, y tomar lo que Dios nos ponga delante, como los pájaros... Vámonos hacia el Hospital, y no te pongas triste (Galdós 2007: 310).

Vuelve en las palabras de Benina el tema de la *vanitas mundi*, ya propio del libro

---

<sup>3</sup> Sábada Alonso nota justamente a este propósito que Benina, que es la misericordia misma, “No puede estar encerrada, porque necesita espacios abiertos, lugares donde poder desarrollar su actividad benéfica, marcos que se abran al horizonte y que le muestren la infinitud que es el camino hacia Dios” (Sábada Alonso 2001-2002: 76).

del Eclesiastés, uno de los más conocidos de la Biblia, cuyo mensaje universal ha sido capaz de fascinar a una multitud de filósofos por la complejidad de su enseñanza y su fuerte arraigamiento en la inmanencia de la experiencia vital. Como el autor del libro sapiencial, frente al insensato afán de los demás, Benina ha aprendido a mirar el mundo como un capricho repetitivo, una fútil ilusión, y ahí reside su sabiduría. Sin embargo, esto no coloca a la mujer en una condición de superioridad, ni hace que sus palabras contengan un menosprecio que sea más allá que filosófico; eso sería traicionar la esencia misma de la misericordia. Quitar la importancia al mundo, revelar su insensatez, es el primer paso necesario para depurar nuestras acciones de fines segundos y abrazar una caridad auténtica. La fe en la providencia divina, que es eco de Mateo 6,25-34, lejos de aspirar a una recompensa divina en el más allá, se concreta en las palabras de Benina en el *hic et nunc* de la existencia terrena. De ahí viene a Almudena aquella seguridad que le permite replicar con la que, en mi opinión, es la declaración de amor más bonita de la novela:

–Mí no triste–dijo Almudena–; estar tigo contentado... tú saber como Dios cosas tudas, y yo quierier ti como ángela bunita... Y si no quierer tú casar migo, ser tú madra mía, y yo niño tuyo bunito. [...] “–Y tú com palmera D’sierto granda, bunita; tú com zucena branca... lliro tú... Mí dicier ti amri: alma mía” (Galdós 2007: 310).

Aquí el ciego enumera todas las cualidades que conforman la grandeza moral de su amada, en primer lugar, la correspondencia perfecta de su lógica con la lógica divina. A través de esta operación Almudena pone la omnisciencia divina al servicio de la caridad, tal y como la encontramos en la parábola del padre misericordioso (Lc 15, 11–32) donde el conocimiento profundo de los defectos del hijo no impide al padre quererlo igual. Almudena pasa después a reconocer a Benina en la grandeza de su ser espiritual, como ángel, de la misma manera que lo hacía don Frasquito Ponte, pues ella sabe transmitir eficaz y fructuosamente la palabra de Dios. Además, proponiendo transformar su relación de amor erótico en amor filial, va buscando un amor todavía más puro y desinteresado, tal y como es el amor de una madre hacia el propio hijo. Por último, los tres elementos vegetales pueden leerse como un elogio a la capacidad de Benina de vivificar en las asperezas, proveyendo amparo y confortación (la palmera del desierto) y de mantener intacta su pureza (azucena y lirio). Es más, quizás sea solo una sugestión, pero en las tres plantas yo creo también entrever una referencia a las tres religiones monoteístas: la musulmana, rústica y vigorosa, simbolizada por la palmera, y las hebreaica y cristiana, puras y en estrecha relación, pues azucenas y lirios son en

realidad la misma flor.

En antítesis con el mundo espiritual, mágico y evocativo de Almudena, está el mundo económico, prosaico y racional: ahí la misericordia es una debilidad que uno no se puede permitir si quiere sobrevivir. El personaje que mejor representa esta actitud es la nuera de doña Paca y dominadora de su hijo Antoñito, Juliana, cuya importancia va creciendo a lo largo de la novela, a medida que aumenta su influencia en la gestión de los asuntos domésticos. Tanto su trivialidad como su despotismo quedan resumidos por Galdós en la descripción que abre el apartado final de la novela:

Ejemplo de los admirables efectos de la voluntad humana en el gobierno de las grandes como de las pequeñas agrupaciones de seres, era Juliana, mujer sin principios, que apenas sabía leer y escribir, pero que había recibido de Naturaleza el don rarísimo de organizar la vida y regir las acciones de los demás. Si conforme le cayó entre las manos la familia de Zapata le hubiera tocado gobernar familia de más fuste, o una ínsula, o un estado, habría salido muy airosa. En la ínsula de Doña Francisca estableció con mano firme la normalidad al mes de haber empuñado las riendas, y todos allí andaban derechos, y nadie se rebullía ni osaba poner en tela de juicio sus irrevocables mandatos. Verdad que para obtener este resultado precioso empleaba el absolutismo puro, el régimen de terror; su genio no admitía ni aun observaciones tímidas: su ley era su santísima voluntad; su lógica, el palo. (Galdós 2007: 314)

Desde la posición de irrelevancia que nuestra época tontuna atribuye a la cultura, el casi analfabetismo de Juliana hasta podría pasar por medalla al valor, sobre todo en consideración de lo que se dice poco después de sus virtudes en ámbito administrativo. Juliana es una mujer idiota pero eficiente, una administradora despiadada.

Galdós bien había entendido cómo la regeneración moral de su nación podría desvirtuarse, acabando en el culto de una eficiencia autorreferencial y egoísta, al borde de la estupidez. De ahí que en cierto sentido Juliana se proponga como la antítesis de Benina: tanto la última es animada por una auténtica caridad universal, como la primera actúa bajo el impulso de un celo puramente material. Juliana en sus manifestaciones resulta por lo tanto ser mujer enemiga de la práctica religiosa, al punto que doña Paca tiene que pedirle permiso para rezar un padrenuestro (Galdós 2007: 314). La relativa despreocupación material de la que ella goza tras entrar en control del patrimonio dejado en herencia por Frasquito Ponte, junto con su intrínseca trivialidad, parecen ponerla al reparo de cualquier escrúpulo sobre la bondad de sus acciones y de sus motivos. Para poder afirmar defini-

tivamente su santidad, Benina no podía encontrar un enemigo más formidable.

La confrontación final entre las dos se produce a causa de la preocupación irracional que ha surgido en Juliana por la salud de sus mellizos: de repente, ella, que siempre había presumido de tener salud de mula, se encuentra debilitada:

Comenzó el mal de Juliana por insomnios rebeldes: se levantaba todas las mañanas sin haber pegado los ojos; a los pocos días del insomnio empezó a perder el apetito, y, por fin, al no dormir se agregaron sobresaltos y angustiosos temores por las noches, y de día una melancolía negra, pesada, fúnebre (Galdós 2007: 315).

Contrasta con esta descripción la salud formidable y la serenidad de la que goza Benina incluso en el infierno de la carretera Toledo, al lado de un Almudena que a duras penas está recuperándose de la lepra, enfermedad bíblica si hay una. Algo sorprendida por el buen aspecto de la anciana criada, Juliana no tarda en poner en marcha su plan simoníaco: inventa una donación diaria de dos reales a favor de la criada, concordada hace tiempo con doña Paca, y entrega a Benina quince pesetas, declarando así sanada su deuda.

El diferente concepto que las dos mujeres tienen con respecto a la deuda es clave para entender la distancia que las separa y cuyo origen se encuentra, una vez más, en el Evangelio. La parábola que más viene al caso es la de los dos deudores: tras recibir el perdón de una deuda muy grande, el mismo deudor perdonado exige a otro hasta el último céntimo. Es la diferencia entre la prodigalidad de la misericordia divina, en la cual nadie va a echar en falta, y la perspectiva humana, forzosamente limitada, en busca de equilibrios imposibles. Con liviandad Benina acepta el dinero de Juliana y sus múltiples deudas no le pesan, porque el dinero en sus manos es como agua de un río, que corre constantemente hacia otros necesitados. Al contrario, Juliana no comprende que la donación con la que intenta pagar la salud de sus hijos es un acto sacrílego y contrario a la moral.

En el último diálogo entre las dos mujeres, Juliana tiene que rendirse ante la santidad tan corriente y asequible de Benina, que ofrece otro modelo de vida, alternativo e incompatible con lo que la administradora de la familia Zapata ha llevado hasta aquel momento. La criada ha demostrado con toda su existencia que se puede estar en el mundo sin pertenecerle, realizando al mismo tiempo el reino de los cielos en la tierra. Esto comporta vivir en la gracia divina: entender las propias necesidades sin cesar de atender primero a las de los demás. La igualdad entre los seres humanos nace por lo tanto de la constatación de la condición de necesidad constante que conlleva cada existencia. El diálogo expresa esta verdad a través del paso al tuteo, anulando con este expediente los vínculos y las jerar-

quías impuestas por la sociedad y poniendo a las dos mujeres en el mismo nivel, aunque sus condiciones morales sigan manteniéndose bien distintas. Benina, que ha ejercido la caridad durante toda su vida, está completamente tranquila; Juliana, en cambio, reconoce su pecado y se apela desesperadamente a la criada para obtener el perdón. Juliana declara a Benina santa, y bien ahora los lectores también lo creemos, pero ¿qué valor tiene esta afirmación, proviniendo de alguien que no tiene fe ninguna? Si la santidad que Juliana dice reconocer fuera verdadera, pues sería, a causa de sus erróneas motivaciones, en realidad falsa; por este motivo Benina la rechaza, al igual que Cristo rechazó en múltiples ocasiones su identificación como Mesías, especialmente cuando esta venía de personajes con fines segundos, que malinterpretaban su misión divina. Frente a la necesidad de Juliana, Benina no tiene más que un recurso: su palabra eficaz, y que Juliana la ponga en práctica: “Yo no soy santa. Pero tus niños están buenos y no padecen ningún mal... No llores... y ahora vete a tu casa, y no vuelvas a pecar” (Galdós 2007: 318).

En el fondo, la santidad de Benina proviene de la puesta en práctica de la virtud más grande, reconocida por todas las religiones monoteístas, y que es la misericordia. En este sentido, no le pertenece, no es algo exclusivo y excepcional de su persona, sino se explicita como la manifestación de la concreta y constante aplicación de la forma de ser divina dentro de lo humano. El consejo que Benina ofrece a Juliana es el mismo que Jesús dio a la adúltera salvada de la lapidación (Gv 8, 11); como en el episodio evangélico, no sabemos si ella tendrá fe a la palabra dada, pero sabemos que no siempre esta palabra es suficiente, pues tenemos el ejemplo del joven rico, que por egoísmo rechazó con tristeza la invitación del Maestro a ejercer la caridad (Mt 19, 16-22). El final de *Misericordia* deja la puerta abierta para múltiples reflexiones: en el amplio abanico de ejemplaridad moral que va desde Juliana hasta Benina, ¿dónde nos colocamos? Si nuestra religión prescribe la misericordia (islamismo, hebraísmo y cristianismo suman algo más del 50% de la población mundial) ¿por qué esta virtud es a menudo tan desatendida, y cuáles beneficios nos traería si fuera puesta en efecto? Benina no deja de fascinar al lector contemporáneo por su capacidad de ofrecer una propuesta de conducta moral que no está embelesada dentro de un canon o unos preceptos, sino que toma fuerza y vigor mientras se adapta para socorrer al infinito elenco de las miserias humanas, doblándose solícita sobre cada uno, ofreciendo, en su mano tendida, la posibilidad de entrever el rostro mismo de Dios.

## Bibliografía citada

- BARCLAY, WILLIAM (1956), *The Gospel of Matthew, vol. 1 (Chapters 1 to 10)*, Westminster Press, Philadelphia.
- COHEN, SARA E. (1973), “Almudena and the Jewish theme in *Misericordia*”, *Anales Galdosianos*, 8: 51-61.
- FRANCISCUS, PONTIFEX ROMANUS (2014), *Bula de convocación del jubileo extraordinario de la Misericordia* [08/07/2018] <[https://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_letters/documents/papa-francesco\\_bolla\\_20150411\\_misericordiae-vultus.html](https://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco_bolla_20150411_misericordiae-vultus.html)>
- FUENTES PERIS, TERESA (1995), *Visions of filth. Deviancy and Social Control in the Novels of Galdós*, Liverpool, Liverpool University Press.
- GULLÓN, GERMÁN (1974), “*Misericordia*: un milagro realista”, *Letras de Deusto*, 8: 171-85.
- PÉREZ GALDÓS, BENITO (2007), *Misericordia*, Madrid, Cátedra.
- SÁDABA ALONSO, SORAYA (2001-2002), “Espacio y personajes en *Misericordia* de Benito Pérez Galdós”, *Cuadernos de investigación filológica*, 27-28: 63-80.
- SCHRAIBMAN, JOSÉ (1970-71), “Las citas bíblicas en *Misericordia* de Galdós”, *Cuadernos hispanoamericanos*, 250-252: 490-504.

**Alberto Maffini** recibió el título de Doctor en Lenguas, Literaturas y Culturas Extranjeras por la Universidad de Milán y la universidad de Córdoba (España), con la tesis *Del espacio deshumanizado al espacio de la memoria. Trayectorias de los poetas del 27*. También ha publicado varios artículos sobre el mundo novelesco de Benito Pérez Galdós, la recepción de la literatura catalana en Italia a comienzos del siglo XX y la figura del rey Sebastián de Portugal en las letras españolas. Actualmente trabaja como profesor de escuela secundaria.

**alberto.maffini17@gmail.com**